



PRESENTACIÓN DE LOS SOFISTAS

Los primeros maestros del pensamiento

Dr. Ricardo López Pérez
(Agosto de 2018)

UNO

La manera como se construye y se relata la historia de la filosofía está plagada de imágenes congeladas, que tienden a ocultar la verdadera riqueza de los fenómenos comprometidos. Estereotipos, formas rígidas, simplificaciones adecuadas para ordenar y memorizar, pero incapaces de dar cuenta de las complejidades y sutilezas encerradas en la vida de las ideas.

Uno de estos célebres estereotipos tiene a los sofistas como protagonistas. La filosofía académica, desde Platón en adelante, ha tenido en mayor medida descalificaciones para los sofistas griegos, contemporáneos de Sócrates, que surgen en Atenas en el siglo V aC. Platón reprocha a los sofistas básicamente el hecho de que sólo enseñan medios para alcanzar un fin, sin reparar en las exigencias de la moral. Los acusa de ofrecer, según conveniencia, el triunfo del razonamiento débil por sobre el más fuerte, de hacer prevalecer la apariencia por sobre la realidad; los convierte en simples artesanos de la persuasión, engañadores sin escrúpulos.

En distintos diálogos, en los que Sócrates actúa como personaje central, se califica duramente a los sofistas. En el *Protágoras*, por ejemplo, Sócrates aconseja a su amigo diciéndole: “Vas a poner tu alma en manos de un sofista, y apostaré a que no sabes lo qué es un sofista” (311 c). Agregando luego: “¿No adviertes, Hipócrates, que el sofista es un mercader de todas las cosas de que se alimenta el alma?” (312 a). Más adelante, el filósofo Platón ofrece una amplia lista de descalificaciones: cazadores interesados de jóvenes ricos, mercaderes en asuntos referentes al alma, fabricantes y vendedores al detalle de

conocimientos, atletas que compiten con la palabra y se muestran hábiles en el arte de la disputa (*Sofista*, 231 d).

“Se manifiestan decididos a enseñar su arte por dinero a cualquiera que se presente”, se dice en el *Eutidemo* (304 a); en tanto que otro testimonio afirma que “Pródico no enseña a nadie gratuitamente” (Fragmento 9). El historiador Jenofonte cuenta que su maestro Sócrates considera que hacerse pagar las conversaciones es prostituirse y convertirse en esclavo: “Desde luego, los que reciben dinero, obligados están a cumplir las condiciones bajo las cuales obtienen un salario” (*Recuerdos*, I, VI, 5).

Aristóteles, por su parte, define a la sofística como un arte de la apariencia, completamente ajena a la verdadera sabiduría, y al sofista como aquel que comercia con una sabiduría aparente y no real. Para completar su contribución, inventa el término *sofisma* como sinónimo de falacia, de una refutación aparente, mediante la cual se puede defender algo falso y confundir al adversario (*Refutaciones Sofísticas*, 164-65 a).

Pero falta aún la descalificación fundamental, la mayor de todas, la síntesis infamante: los sofistas no son filósofos. Jenofonte dirá: “Son hábiles en la palabra, pero no en las ideas” (Cf. De Romilly, 1997: 42).

Michel Onfray, en una reciente publicación, resume las cosas de esta manera: “Bajo el régimen de escritura platónica de la historia de la filosofía, los sofistas pagan desde hace veinticinco siglos el considerable tributo de una mala reputación y de una definición equivocada” (2007:89).

DOS

¿Cómo llegó la palabra sofista a ser un término de resonancias dudosas? ¿Siempre fue así?

En sus orígenes, en la antigua Grecia, el vocablo sofista se utilizó para designar a quien se mostraba experto en alguna actividad. Podía ser la filosofía, la poesía, la música o la adivinación, pero siempre un sofista era un maestro de sabiduría, alguien que se proponía hacer sabio a quien recibiera sus enseñanzas. Hombres célebres como los míticos *Siete Sabios* fueron llamados sofistas, implicando con ello un profundo reconocimiento a su condición de hombres de excepción. El filósofo Tales, hijo de Hexamias de Mileto, o el estadista y poeta Solón, hijo de Execéstides de Atenas, recibieron esta designación como una expresión clara de respeto y admiración.

Otros pueblos tienen santos, en cambio los griegos tienen sabios, hacía notar Nietzsche (1994). Mucho antes de que se popularizara la palabra filósofo, con su sentido de amor a la sabiduría, los hombres capaces de hacer grandes contribuciones eran sencillamente sabios, *sophós*, y por extensión sofistas, *sophistés*.

Todo esto sucedía todavía a la altura de la Olimpiada 80 (mitad del siglo V aC). Desde esta fecha las cosas comienzan a cambiar, pero dado que muchos detalles se han perdido no podemos más que conjeturar. Dentro de esta situación dominada por la incertidumbre, se

puede reconocer, sin duda, una confrontación entre Platón y los sofistas, que sin embargo tiene un carácter profundamente asimétrico. Jacqueline de Romilly ha calculado que todos los fragmentos de los sofistas no ocuparían en su conjunto más de veinte páginas, y, por añadidura, muchos sin contexto (1997: 10). Inversamente, la obra de su poderoso adversario es extensa, unas dos mil páginas.

No es nada fácil incursionar en la trama de esta polémica historia. La mayor parte de la información disponible sobre los sofistas es indirecta y fragmentada. De sus obras, que debieron ser numerosas, escasamente se conservan algunos restos no siempre sencillos de interpretar.

Pero eso no es todo, tampoco estamos seguros de los nombres: ¿Quiénes y cuántos son los sofistas?

El libro *Vidas de Sofistas*, escrito por el sofista Flavio Filostrato en el siglo III de nuestra era, incluye cerca de setenta nombres provenientes de distintos lugares a lo largo de siete siglos. Observando esta extensa galería, en la que aparecen desde Gorgias y Protágoras, hasta personajes de escasa significación histórica y mínimo valor intelectual, se pueden reconocer numerosas diferencias, a partir de las cuales el mismo texto distingue entre sofistas genuinos y una nueva sofística.

En este sentido, estamos autorizados para hacer una distinción, que reconoce una primera generación de sofistas, más bien pequeña, y una larga lista de sofistas posteriores. El foco de atención comúnmente está sobre este primer grupo que incluye a Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontini, Pródico de Ceos, Hipias de Elis, Trasímaco de Calcedonia y Antifón de Atenas.

Todos ellos se atribuyen el calificativo genérico de sofistas y son reconocidos por desarrollar una influyente actividad intelectual, en la más poderosa polis de la antigüedad. Luego, en virtud principalmente de la intervención de Sócrates, quien vivió contemporáneamente; y Platón, quien sin conocerlos personalmente recoge esta experiencia en sus diálogos, el nombre sofista pasa a formar parte de la controversia y termina siendo una categoría infamante.

Considerados en términos muy gruesos, estos primeros sofistas comparten algunos rasgos comunes. El primero de ellos seguramente es su condición de maestros itinerantes que al llegar a Atenas ya habían acumulado una notable experiencia. Con la excepción de Antifón, sus recorridos por las distintas ciudades de la Hélade y sus colonias, fueron la oportunidad para forjar ese espíritu de pensadores libres, transgresores y de tono a ratos insolente. “Espíritus fuertes”, al decir de Nietzsche, quien interpreta que con ellos se crea una cultura de los realistas (1975: 131). Sin restricciones, son profundos conocedores de la tradición filosófica y cultural helénica, y buenos oradores. Mantienen un interés por el lenguaje que los distingue, y que resulta decisivo en sus aspiraciones de éxito como maestros que imponen el hábito de cobrar por sus servicios pedagógicos.

En una época en que comenzaba a ser sospechoso el nombrarse sofista, Platón nos ofrece un testimonio de la forma asertiva en que Protágoras asume sin reservas su condición:

“Hago francamente profesión de enseñar a los hombres y me declaro sofista. El mejor de todos los disimulos es, a mi parecer, no valerse de ninguno; quiero más presentarme, que ser descubierto. (...) Ningún mal me ha resultado por hacer ostentación de ser sofista, a pesar de muchos años que ejerzo esta profesión, porque a mi edad podría ser el padre de todos los que están aquí” (*Protágoras*, 317 b).

Pero aquí no terminan los problemas; no todos los especialistas coinciden en los nombres. Sobre estos primeros sofistas la información es desigual, siempre insuficiente y casi en su totalidad de fuentes indirectas, lo que obliga a considerar todo lo que se diga sobre ellos, con doble razón, sólo como una interpretación posible. La existencia de un grupo de primeros sofistas parece fuera de duda, pero su composición ha sido objeto de amplio debate. En medio de esta incertidumbre, los nombres de Protágoras y de Gorgias son, en último término, los que resultan más seguros y fértiles.

Todavía hay que mencionar dos nombres sobre los cuales reina la duda: Critias y Calicles. Del primero sabemos con certeza que fue un personaje histórico, un firme partidario de la oligarquía que figura como miembro de los Treinta Tiranos, en el año 401. Respecto de Calicles, conocemos su extensa participación en el *Gorgias*, unas cuarenta páginas aproximadamente, en donde destaca una particular, aunque no original, apología del principio de la fuerza y una posición de rechazo a la filosofía. No tenemos otro dato y la mayoría de los especialistas se inclinan por considerarlo un personaje literario. Ninguno de los dos, ni Critias ni Calicles, finalmente, califican para ser incluidos en esta primera generación.

TRES

Agreguemos que los sofistas no tienen en absoluto el carácter de un grupo cerrado y homogéneo. En modo alguno estamos hablando de una categoría uniforme o de una escuela organizada. Por el contrario, hay numerosas diferencias entre estos distintos pensadores.

Con todo, tienen también elementos en común. Fueron protagonistas privilegiados en una época de transformaciones sociales y de esplendor. Todo parece, en efecto, haber ocurrido bajo su influencia y con su participación. Muchos personajes de la época fueron discípulos suyos, muchos aprendieron de ellos o al menos polemizaron con ellos.

El dato histórico, comúnmente desatendido por las historias de la filosofía, que los ubica llegando a la ciudad de Atenas al término del enfrentamiento de los griegos con el poderoso imperio Persa, es decisivo. Los sofistas provocan profundos cambios en el modo de pensar y en las costumbres de su época, y ello se inserta en un contexto histórico preciso. Su contribución central está orientada a responder con una propuesta concreta a

las nuevas exigencias de la política ateniense abiertas después de la guerra. Con la batalla de Platea, ha terminado una larga y costosa confrontación, de la cual Atenas surgió como una potencia.

Atenas consigue llevar el arte dramático, la escultura y la arquitectura a gran altura. La historia se convierte en ciencia y la filosofía inicia un brillante desarrollo. En el plano político, aparece la democracia en su mayor expresión. Estamos frente a una polis que ha potenciado sus recursos tomando ahora clara conciencia de sí misma y de su poderío. La victoria fue para ellos la mejor demostración de la justicia que animaba su causa, y la expresión de la superioridad de su régimen político frente a la tiranía persa. El triunfo no hacía más que dejar al descubierto la mayor excelencia, *areté*, de su organización, de toda su acción y de la larga tradición cultural que los precedía. Ciertamente, el éxito alcanzado también habla de una ayuda de los dioses, que se expresa como castigo para aquellos que buscan un poder excesivo.

Estas nuevas condiciones de libertad fueron particularmente propicias para el desarrollo del pensamiento y ciertamente de la filosofía, la que ahora convertirá al hombre en su foco de atención. La tradición de la filosofía jonia había acostumbrado a los griegos a tener a las estrellas y a la naturaleza como la materia central de la reflexión filosófica. Ahora la filosofía cambia su orientación y se instala en la tierra, en las calles de la ciudad, en la plaza pública, en el gimnasio. El hombre en relación consigo mismo, la formación ciudadana, la acción política y los problemas del conocimiento, entre otros, atraen a la reflexión desde este momento.

Distintos autores se han pronunciado por conceder a los sofistas lo que les corresponde en estas materias. Estos son algunos ejemplos:

Werner Jaeger: “Antes de la sofística no se habla de gramática, retórica ni dialéctica. Debieron ser ellos sus creadores. La nueva técnica es evidentemente la expresión metódica del principio de formación espiritual que se desprende de la forma del lenguaje, del discurso y del pensamiento. Esta acción es uno de los grandes descubrimientos del espíritu humano” (1967: 287).

Robert Cohen: “La palabra democracia, la organización política significada por ella, son invenciones del siglo de Pericles. La palabra no aparece, en efecto, hasta entonces en el lenguaje, y se puede admitir que los sofistas no fueron extraños ni a su creación ni a su difusión” (1961: 91).

Francisco Rodríguez Adrados: “Cuando se habla del relativismo sofístico se olvida el correctivo de que los sofistas vienen a enseñar y esto presupone la conciencia de poseer no sólo una crítica, sino también una doctrina. Doctrina que se refiere tanto al progreso del individuo como al del Estado y que no hace más que desarrollar en el plano humano principios ya antes intuitivos. Los sofistas son los demiurgos o artesanos que aportan su ciencia al desarrollo de ese individuo y de ese Estado y como tales se presentan” (1993:

167).

Jacqueline de Romilly: "Los sofistas impartían sus clases bajo la forma de conversaciones, agrupadas en series; pero ofrecían también sesiones públicas a las que podía asistir cualquiera" (1997: 50). "Puede decirse por otra parte, que el método de preguntas y refutaciones de Sócrates debe mucho, también él, al arte de Protágoras" (1997: 97). "Son los primeros en hacer de la relatividad de los conocimientos un principio fundamental y en abrir los caminos no solamente del pensamiento libre, sino de la duda absoluta en todo lo que es metafísica, religión o moral" (1997: 238).

Michel Onfray: "En efecto, y al menos en la medida en que podemos juzgar, los sofistas inventan y formulan de una manera precisa las tesis esenciales contra las que se libra la lucha reactiva del autor del *Fedón*: el relativismo, el individualismo, el perspectivismo, el hombre como medida de todas las cosas, el realismo empírico, el materialismo fenomenista, la inmanencia monista, la economía de un más allá, el uso agónico de la retórica, el escepticismo político, el rechazo del culto de la ley, la democratización de la cultura, el descenso del filósofo a la arena pública. ¿Y no serían filósofos?" (2007: 90).

José Solana Duero: "No sólo fueron filósofos, sino que lo fueron en sentido constituyente. En efecto, lo que hoy llamamos filosofía, en su estructura conceptual e, incluso, en su organización administrativa, sería inconcebible sin la reflexión de los sofistas, porque con ellos se produce una importante ampliación temática: si los milesios habían iniciado su reflexión con el tema de la *phýsis* (realidad, ser) y otros filósofos, sobre todo, Heráclito y Parménides, habían tomado como núcleo el problema del conocer (las sendas de la investigación), introduciendo la problemática derivada de la intervención del sujeto; los filósofos del siglo V, y los sofistas como pioneros, se aventuraron por un terreno hasta el momento apenas explorado: la teoría del estado, la polis, las relaciones sociales, junto con el universo temático y conceptual lo rodea. (...) Con los sofistas, pues, queda constituido el trípede conceptual (realidad, verdad, bien) que todavía hoy permite trazar las coordenadas de eso que llamamos filosofía" (2013: 21-22).

Los sofistas fueron pensadores de gran capacidad e innovadores sociales de evidente influencia. Maestros con un sólido manejo del saber de su tiempo, vinculados a los problemas de la política y la cultura, que aportaron un nuevo sentido para el concepto de educación e hicieron contribuciones al desarrollo de la democracia. El rescate de esta experiencia, cuyo resultado fue la transformación en corto lapso de todo el sistema educativo ateniense, con una nueva raíz en la formación del pensamiento y el lenguaje, en conexión con una concepción constructivista del conocimiento, probablemente representa un aporte a la reflexión de algunos temas actuales.

Un aspecto llamativo de la educación sofística, y evidentemente una innovación injustamente dejada en el olvido, es la incorporación del libro con propósitos de enseñanza. Hay una serie de elementos que nos llevan a interpretar que en la segunda mitad del siglo, se produce una evolución hacia una sociedad de lectores. En este contexto,

y mientras Sócrates rechazaba la escritura, porque las palabras escritas son silentes, incapaces de dar explicaciones, de defenderse o de asistirse a sí mismas (*Fedro*, 275-76), los sofistas establecían las bases de una tradición que llega hasta hoy. Introducen el hábito de escribir los discursos y consiguen darle permanencia a la palabra. Ahora los textos pueden ser estudiados y utilizados con propósitos formativos.

En ese tiempo, Atenas posee una sensibilidad bien desarrollada respecto de la importancia de la educación, pero carece de una institución equivalente a una educación universitaria. En esas condiciones, estando el terreno abonado, son los sofistas quienes adelantándose a una tendencia que luego tendrá distintas expresiones, introducen una forma de educación de características inéditas. En primer lugar, se trata de una educación independiente del Estado, apoyada en una relación formalizada entre maestro y discípulo, y en el uso sistemático, por primera vez, del libro. Los sofistas no revisten el conocimiento de ningún secreto, ni practican ritos de iniciación. Gorgias, por ejemplo, ofrece conferencias de manera regular y dicta cursos que se prolongan por varios años.

CUATRO

Debemos reconocer a Hegel, particularmente a su libro *Lecciones Sobre Historia de la Filosofía*, publicado en 1833, el mérito de realizar el primer gran esfuerzo por reinterpretar el papel de los sofistas. Hegel desaloja los lugares comunes de la interpretación académica e inaugura una percepción distinta, creando para ellos una nueva dignidad. Mostrando la potencia que puede alcanzar la reflexión, la misma que les reconoce en calidad de pioneros, los convierte en los maestros de Grecia. Sostiene que llegaron para sustituir a los poetas, los antiguos maestros, y para crear una nueva cultura:

“La necesidad de educarse por medio del pensamiento, de la reflexión, se había sentido en Grecia antes de Pericles: Se comprendía que era necesario formar a los hombres en sus ideas, enseñarlos a orientarse en las relaciones de la vida por medio del pensamiento y no solamente por oráculos o por la fuerza de la costumbre, de la pasión o del sentimiento momentáneo. (...) Los sofistas, al aspirar a este tipo de cultura y a su difusión, se convierten en una clase especial dedicada a la enseñanza como negocio o como oficio, es decir, como una misión, en vez de confiar ésta a las escuelas; recorren para ello, en incesante peregrinar, las ciudades de Grecia y toman a su cargo la educación y la instrucción de la juventud” (1985, tomo II: 12).

Se termina la era de creer, de aceptar en forma irreflexiva. Retrocede el imperio de la fe y comienza la era de indagar. El pensamiento ahora se lanza a la búsqueda de los principios generales, para juzgar por sí mismo todo aquello que puede tener vigencia y ser admitido como válido. Comienza la empresa de comparar consigo mismo el contenido positivo de las cosas, abandonando parcialmente la autoridad de los oráculos y los mitos transmitidos por los antiguos poetas. Antifón, por ejemplo, reduce la adivinación a un ejercicio de pensamiento estratégico, al definirla como “los cálculos probables de un hombre

prudente” (Cf. Nestle, 1987: 141).

Hegel es el primero en reconocer en esta experiencia la creación de una cultura que merece ser calificada de *Ilustración*. El pensamiento se declara libre a sí mismo y sólo acepta lo que surge de su propia actividad.

La concepción del poeta como un educador, en el sentido más auténtico y profundo, formaba parte de una larga tradición. Son ellos los que aportan, a través de sus relatos y sus personajes divinos y humanos, los ejemplos señeros, las normas básicas de conducta y los ideales de vida. Hasta donde se pierde la memoria, todos los criterios de formación fueron entregados por poetas como Homero y Hesíodo, y llevados a cada ciudad y a cada persona por *rapsodas* errantes. Los sofistas se oponen a esta respetable tradición. No sin conflicto, como suele ocurrir con las grandes innovaciones, crean una nueva cultura en donde ya no es el respeto a la autoridad consagrada, sino el pensamiento, el que orienta la vida de los hombres:

“Pues bien, Grecia adquirió este tipo de cultura gracias a los sofistas quienes enseñaron a los hombres a formarse pensamientos acerca de todo lo que estaba llamado a tener vigencia para ellos; por eso, su cultura era tanto una cultura filosófica como una formación en las normas de la elocuencia” (1985, tomo II: 13).

Por primera vez en la historia de occidente se plantea el objetivo de formar personas autónomas, con capacidad para pensar y para intervenir lúcidamente en los asuntos públicos mediante el discurso. Se sustituye el prestigio de poetas y adivinos, por la iniciación en la actividad del pensamiento y el conocimiento profundo del razonamiento y su expresión. Es prudente, con todo, reconocer que esta *Ilustración* tiene numerosos antecedentes. En primer lugar, no existe en la tradición homérica nada cercano a una verdad revelada, lo que dejaba las cosas menos comprometidas para el acceso de la razón. Grecia tiene poetas y no sacerdotes como educadores; una diferencia nada trivial. Atenas no posee textos sagrados obligatorios, ni guardianes de la verdad.

Así, en estas condiciones, irrumpen en el escenario los sofistas. Se presentan como maestros itinerantes que ofrecen sus servicios e imparten sus enseñanzas a cambio de un honorario. Con capacidad dominan y recrean el conocimiento disponible. Proporcionan las primeras nociones relativas a las ciencias de la época, incursionan en las teorías de los filósofos naturalistas, interpretan las obras de los poetas helénicos, establecen algunas distinciones para el mejor uso del lenguaje; y se plantean sobre temas tan diversos como la educación ciudadana y la génesis del conocimiento.

No hay testimonios de un ataque frontal de los sofistas contra las instituciones religiosas, si bien son permanentes partidarios de la razón y sus dudas. Su reflexión no armoniza bien con la búsqueda de una verdad absoluta, ni con valores absolutos. Su enfoque más próximo al relativismo los hace sensibles a la diversidad y más proclives al pragmatismo. Las inevitables diferencias entre los hombres se resuelven mediante la persuasión; la

argumentación es mejor arma que la fuerza. Se busca colectivamente la mejor solución para los problemas de la ciudad, aunque nunca la verdadera. Se crean acuerdos y se postulan valores, que sin ser definitivos mantienen su significado para las condiciones en que se han creado.

CINCO

Sin desconocer las importantes diferencias que hay entre los sofistas de la primera generación, podemos atribuirles en conjunto la condición de maestros innovadores y por tanto de una *minoría activa*.

Conforme al psicólogo social francés Serge Moscovici, desde una perspectiva psicosocial, se entiende por innovación un proceso de influencia impulsado por una minoría, que tiene por resultado la creación de nuevas ideas, valores, actitudes, modos de pensar y de actuar, o bien la modificación de ideas recibidas, actitudes tradicionales, antiguas creencias o comportamientos aceptados. La innovación supone un tipo de influencia que proviene de una minoría desprovista de poder y apoyada sólo en su estilo de comportamiento. El concepto es que una minoría puede cambiar o reemplazar un sistema de comportamiento aceptado por la mayoría, sin mediar un reparto desigual de recursos, como ocurre en una situación de poder (1981, cap. VIII).

A estas minorías innovadoras, capaces de impugnar estructuras consagradas, de abrir alternativas originales, de defender con energía y consistentemente sus posiciones, Moscovici las llama *minorías activas*. En este sentido la primera consecuencia que provocan es el choque, la oposición y el conflicto. El despliegue de una innovación se topa necesariamente con fuerzas de signo contrario, y por tanto cabe interpretar que la acción innovadora “gira alrededor de la creación de un conflicto allí donde antes no lo había” (1981: 212).

Los sofistas fueron en su momento una *minoría activa*. Las consecuencias de su acción se traducen en cambios manifiestos, que no se producen desde una posición de poder sino por obra de su particular estilo de comportamiento. Es preciso, sin embargo, insistir en que esta interpretación únicamente se aplica a la primera generación. Una elemental coherencia obliga a reservar esta designación a quienes introducen un cambio, pero no a quienes lo perpetúan. Lo que aparece como una innovación en un instante deja de serlo al siguiente. En la medida en que una innovación es exitosa y termina por ser aceptada, pasa a formar parte del universo cotidiano y pierde su fuerza provocativa. Todas las tradiciones tienen su origen en innovaciones que después no se recuerdan. La tradición es la madurez de la innovación y algunas veces su decrepitud.

Un ejemplo muy específico de esto es la incorporación de la retórica como una materia de la mayor relevancia para el ejercicio de la democracia, en un momento histórico determinado. Al poco tiempo su enseñanza se extendió y se hizo habitual. En Atenas surgieron escuelas de retórica a las que concurrían muchos ciudadanos deseosos de ser

protagonistas activos del quehacer político. Con el tiempo esta exitosa institucionalización llevó a la retórica a ser una parte fundamental de la educación universitaria. Por siglos continuó ocupando un lugar de privilegio, y no desapareció de los planes de estudio hasta la víspera del siglo XX. Todo esto en circunstancias que la retórica muy pronto perdió su fuerza formativa y se volvió una técnica sin contenido ni vitalidad.

Ningún cambio social importante ocurre sin conflicto. La percepción de amenaza, el temor y el rechazo declarado o latente, son consecuencias características de las personas frente a la ruptura. La incorporación de algo nuevo comúnmente crea incertidumbre y provoca resistencias. Debemos entonces reconocer como natural el conjunto de reacciones que desata el espíritu trasgresor de los primeros sofistas. Los grupos tienden a permanecer en la seguridad de sus certidumbres y a defenderse de los cambios movilizando algunos recursos interpersonales. Antes de examinar el valor de una nueva posición, como debería hacerlo una persona que razona críticamente, la tendencia es rechazarla considerándola como una consecuencia de las particulares características de quien la sostiene. Se produce así una especie de determinismo psicológico según el cual la posición planteada no tiene valor, carece de realidad, es impropia y se explica por unas características individuales. Esto es lo que se llama *psicologización*.

Nada más tiene importancia. No es relevante el contenido de una proposición, todo se reduce a unos rasgos psicológicos. Los sofistas son codiciosos, ávidos de dinero, siempre a la caza de jóvenes ricos, al margen de su singular desprecio por la verdad y la moral: este es un buen ejemplo de *psicologización*. El brillo intelectual de los sofistas, sus posiciones razonadas, su forma asertiva de intervenir en las discusiones, su claro sentido para anticipar tendencias, su notable manejo del lenguaje y del conocimiento; y todas sus propuestas transformadoras, no fueron advertidas por quienes sólo buscaban resistir el cambio. Se niega toda verosimilitud al discurso y a la acción sofística. Se rechaza que tenga fundamentos sólidos, que responda a una posición razonada: se le *deniega* al mensaje de la minoría las cualidades propias de un discurso coherente.

Psicologizar y *denegar* se transforman así en las estrategias para defender el espacio familiar de seguridad creado por la estabilidad y la certidumbre. Acaso estos mismos conceptos explican en parte la condena de Sócrates, que se reconoce a sí mismo como un tábano con la misión de estimular e increpar a todos y por doquier (*Apología*, 30 e). Todo esto es comprensible; se trata de fenómenos interaccionales corrientes cuyo destino es protegerse de cualquier transformación sospechosa de alterar la tranquilidad de lo conocido.

Los sofistas fueron capaces de resistir todo este rechazo y consiguieron poco a poco incorporar sus formas de pensar y sus prácticas. Su comportamiento consistente, sostenido en el tiempo, pone al descubierto una convicción firme y un discurso convencido. Con sus ideas desatan conflictos, con mayor o menor grado de intensidad, y para muchos tienen el sentido de una amenaza contra la unidad y el consenso social. La entereza con que se

sobreponen a este choque debe ser reconocida, puesto que de otro modo la sofística jamás hubiese tenido expresión social. Gradualmente los sofistas se hacen escuchar y ganan un espacio, pero todo esto tiene su costo. Moviéndose de una ciudad a otra los sofistas normalmente son extranjeros. Su papel es el de viajeros que llegan de algún lugar y que no pertenecen a ninguna tierra. No siempre debió producirse la expectación que provoca la llegada de Protágoras a la ciudad de Atenas.

A partir de la acción de los sofistas, la sociedad ateniense está obligada a complejos ajustes personales y grupales. Muchos criterios aceptados, muchas normas dotadas de objetividad, de pronto pierden su reconocido poder de referencia y quedan sometidas a discusión. Se produce un desequilibrio que genera inseguridad y debe ser superado. Toda esta tensión está permanentemente en el centro de la relación que los sofistas mantienen con sus contemporáneos.

Los primeros sofistas son en propiedad maestros innovadores, en la misma medida en que elaboran ideas y recrean el conocimiento disponible. Son verdaderos pensadores vinculados a su entorno y preocupados de los problemas de su tiempo, que precisamente en esa condición se ganan el malhumor y el rechazo de sus contemporáneos. Presentan posiciones propias en forma pública, desarrollan abiertamente posturas críticas y simultáneamente ofrecen soluciones. A continuación sostienen el conflicto social resultante de sus nuevas ideas, y mantienen un comportamiento consistente que otorga credibilidad a su discurso y a sus actos. Todo esto permite que podamos reconocerlos como una *minoría activa*.

Bibliografía:

- ARISTÓTELES (1965). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- BARNES, JONATHAN (1992). *Los presocráticos*. Madrid: Cátedra.
- BARRIO GUTIÉRREZ, J. (1980). *Pródico e Hipias. Fragmentos y testimonios*. Buenos Aires: Aguilar.
- ----- (1984). *Protágoras y Gorgias*. Buenos Aires: Hyspamerica.
- COHEN, ROBERT (1961). *Atenas, una democracia*. Barcelona: Aymá.
- DE ROMILLY, JACQUELINE (1997). *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles*. Barcelona: Seix Barral.
- GÓMEZ LASA, GASTÓN (1992). *El expediente de Sócrates*. Santiago: Universitaria.
- HEGEL, G. W. F. (1985). *Lecciones sobre la historia de la filosofía*. México D. F.: FCE.
- JAEGER, WERNER (1967). *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. México D. F.: FCE.
- JENOFONTE (1954). *Sócrates*. Madrid: Bergua.
- LÓPEZ, RICARDO (1997). *Maestros innovadores*. Santiago: FACSO-Universidad de Chile.
- MOSCOVICI, SERGE (1981). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.
- NESTLE, WILHELM (1987). *Historia del espíritu griego*. Barcelona: Ariel.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH (1975). *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza.
- ----- (1994). *Filosofía en la época trágica de los griegos*. Buenos Aires: Orfeo.
- ONFRAY, MICHEL (2007). *Las sabidurías de la antigüedad*. Barcelona: Anagrama.
- PLATÓN (2007). *Obras completas*. Barcelona: Gredos.
- PLUTARCO, LAERCIO, FILOSTRATO Y JENOFONTE (1964). *Biógrafos griegos*. Madrid: Aguilar.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO (1993). *La democracia ateniense*. Madrid: Alianza.
- SOLANA DUESO, JOSÉ (2013). *Los sofistas. Testimonios y fragmentos*. Madrid: Alianza.

- ZELLER, EDUARD (1955). *Sócrates y los sofistas*. Buenos Aires: Nova. Buenos Aires.